

HOMENAJE “IN VITAE” A VICENTE FLORES LÓPEZ

Después de tantos años sin vernos y sin saber nada uno del otro, me llenó de alegría tu llamada telefónica porque, gracias a ella, nos contamos cómo nos iba la vida y recordamos muchos momentos de nuestra larga convivencia en el Banco. Pero, lo que me impactó y emocionó fue con la rapidez y gozo que me manifestaste tu enhorabuena, por lo que de mí leíste en el recién llegado boletín de la Asociación de Jubilados.

Te noté, en la voz, la sinceridad de tus encomios, que salían de tu “enorme” corazón hacia mi persona. Me hablabas de mi libro, con una franqueza tal, que yo percibía tus buenas y positivas vibraciones que se desprendían de tu estado de satisfacción al enterarte de lo que tú llamas “mi éxito”. Yo no lo considero así, porque el libro ha sido fruto de mi afición a la escritura y me valoro como un simple aficionado que le queda mucho que aprender.

Pero lo realmente importante de esta cuestión es que reaccionaste con el corazón, y te “faltó tiempo” para llamarme, en el momento que recibiste el boletín, diciéndome lo mucho que te alegrabas, de verdad, por lo que habías leído y dándome ánimos para seguir escribiendo. ¿Sabes, querido Vicente, cuántas personas expresan su alegría ante el éxito de un amigo o compañero? Sólo las que tienen un alma limpia, esplendorosa, vacía de envidia y llena de generosidad, de bondad y humildad. Desgraciadamente, es así. Tú fuiste el único que me llamaste para darme el “alegrón” de que te habías acordado de mí.

Quiero que sepas, que todas las personas con las que nos hemos relacionado, todas, todas, te hemos considerado como un hombre bueno, de valeroso talante, trabajador, buen compañero, bondadoso, con un excelente sentido del humor y, sobre todo, un hombre valiente que has sabido enfrentarte a las adversidades, con la cabeza alta, la mirada fija y el amargo sabor del dolor escondido en tu corazón.

No sabes lo mucho que te admiré y te sigo admirando, cuando sufriste la dolorosísima pérdida de tu esposa a una edad tan temprana. Tú, con esa fuerza de espíritu que tienes, me decías:

- ¡¡Qué gran dolor!! ¡¡Qué gran vacío siento en todo mi ser!! ¡¡No puedo vivir!!, pero sé que tengo que seguir adelante. Y seguiste adelante trabajando, trabajando y viviendo sin poder vivir.

Si supieras, querido Vicente, lo mucho que me afectó la pérdida de tu joven esposa. Si supieras lo mucho que me angustió y lo mal que me sentí durante algún tiempo, al ver tu estado. Sentía desesperación y una incomodidad anímica de intranquilidad, sobre todo por la noche y durante el día, al trabajar juntos.

No sabes cuánto te admiré al portarte, no sólo como un hombre, sino como un gigante con una fuerza espiritual y emocional descomunal, al llevar el enorme peso de la insoportable adversidad sobre tus hombros, mientras yo, poniéndome por un momento en tu situación, temblaba de miedo y de desconsuelo ante ti y ante la vida. Cuando te veía sentado en tu mesa, atiborrada de trabajo, con la cabeza baja, refugiándote y peleándote con los papeles, y atendiendo al público con aquella entereza... yo, con un escalofrío de miedo que me recorría todo mi ser, pensaba ¡¡cómo es posible que este hombre pueda guardarse y no exteriorizar lo mucho que está sufriendo!!

Otro motivo que demostró tu fuerza y entrega en el trabajo, fue que no tomaste los días reglamentarios de descanso para estos eventos y que jamás te vi faltar ni un solo día.

Siempre te he admirado por tantas virtudes como llevas atesoradas en tu amplia y brillante alma: tu buena fe en lo que haces y hacia los demás; tu buena intención en todo lo que realizas; tu desprendimiento para atender al que necesita algo; tu sentimiento de solidaridad; tu santa paciencia ante los agobios; tu saber callar en los momentos difíciles; tu bendita prudencia que te conducía por la senda de la sencillez y de la humildad; tu respeto honroso hacia lo realmente respetuoso; tu limpia inocencia al considerar que “todo el mundo es bueno”; tu mirada amable y acogedora; tu filosófica sabiduría de echarte sobre tu voluminosa y dura espalda los pesos encadenados que la vida nos

carga con la intención de encorvarnos; tu bondad que retumba en todo tu ser y resplandece en tu semblante...

En fin, querido Vicente, de ti me llevo y conservo el recuerdo de un hombre bueno, que hizo y hace todo el bien que puede y que no has hecho ningún mal a nadie.

Quiero que sirva esta carta como mi humilde y sincero homenaje a tu persona, a la vez que siento, enormemente, no haber sabido enriquecerme con tu compañía durante tantos años. Pero, en aquellos tiempos, yo estaba maniatado y con los ojos vendados por la tiranía impuesta por aquella neurosis obsesiva-compulsiva, que me ha estado flagelando con los sangrientos latigazos de las angustias, de las dudas y de las insostenibles repeticiones, que tuve que sufrir y soportar durante muchos años.

Me gustaría que esta carta la leyeran tus hijos, tus nietos, tus amigos...para que sepan que, por lo menos, hay una persona que ha sabido reconocer tu valía y enaltecerla públicamente.

Te deseo un pronto y total restablecimiento, y que cuando te cures nos veamos para darnos un fuerte abrazo y recordar aquellos tiempos y “peripecias” que ya no volverán...



Arturo del Pino Valencia.

[VOLVER](#)